



4. Grecia y el nuevo gobierno de Syriza: Primeras notas

Primeros apuntes sobre el gobierno de Syriza

Magda Fitili

Dentro de la coyuntura de la crisis capitalista global, con una socialdemocracia que está coorganizando con la derecha la subordinación de los pueblos bajo la suerte del imperio de la austeridad, la izquierda o asume la conducción de un programa anticapitalista o será derrotada. El caso francés muestra que las reivindicaciones sociales de la izquierda las predica hoy con éxito la extrema derecha que está ascendiendo por doquier en Europa, negando la distinción izquierda-derecha, teniendo un discurso político “antisistema” y convenciendo a millones de trabajadores de que su futuro “antisistémico” es la opción nacionalista: la prioridad de sus derechos frente a los de los extranjeros y, en todo caso, el apoyo a “su” capital nacional contra los europeos y extranjeros. Las elecciones francesas, con la “victoria” relevante de Marine Le Pen, han sido una buena oportunidad para constatarlo.

Así pues, en esta coyuntura de profunda crisis capitalista y de la necesidad urgente del desarrollo de un programa anticapitalista, se intenta hacer un análisis de los dos primeros meses del gobierno de Syriza, abordando desde las negociaciones con Europa hasta la situación interna del partido. Los dos primeros meses del nuevo gobierno han sido, por un lado, un equilibrio difícil entre un compromiso doloroso bajo una presión extrema con la Unión Europea y, por el otro, un haz de iniciativas importantes en el frente interno: medidas para enfrentar la crisis humanitaria, nueva ERT, prisiones, inmigración, el plan de facilidades de pago de deudas fiscales para incrementar la recaudación y aliviar a la gente y a las pequeñas empresas, organización de una auditoria de la deuda, entre otras. No obstante y pese a la importancia evidente de estas iniciativas, como también de la declaración “paliativa” del Gobierno de que prefiere pagar salarios y pensiones en lugar de la deuda pública, no exime a Syriza ni al Gobierno de la necesidad de implementar una política anticapitalista.

Sin embargo, entre las medidas y posturas tomadas por Syriza también debe reconocerse la inclusión en el equipo de negociación de tecnócratas infames del antiguo régimen, la renuncia a llegar a un posible conflicto con la Unión Europea, el aplazamiento de la restauración del salario mínimo a 751 euros, la indiferencia ante la experiencia de autogestión del canal de televisión estatal y los límites aceptables de la “ambigüedad creativa” en torno al empleo y las privatizaciones. En este sentido, el Gobierno podría ir aún más allá, poniendo sobre la mesa propuestas de participación de los trabajadores y del control social en el sector público, lo que le otorgaría legitimidad y apoyo social para implementar políticas orientadas a concretar una reforma fiscal progresiva, resolver problemas de reorganización de los sindicatos, implementar el control obrero en las empresas, reducir el desempleo, a falta de incentivo de la inversión privada, ya que los márgenes de rentabilidad capitalista durante la crisis se mantendrán bajos por mucho tiempo. Y, por supuesto, la internacionalización urgente de la lucha contra la austeridad.

Eso no significa que Syriza tenga malas intenciones o que tienda hacia la concesión a la Troika en desmedro de los intereses del pueblo griego. Prescindir de una política anticapitalista es para Syriza el fruto de un análisis según el cual el nuevo Gobierno no fue elegido para organizar la transición al socialismo, sino para la “salvación social” con fines especiales y, por lo tanto, precisa una política “realista”: detener la crisis humanitaria, reactivar la economía a través del estímulo de la demanda e implementar una política fiscal más progresiva. Es decir, procura salvar lo que queda del Estado y frenar el ahogamiento de la población. Eso, de todas formas, ya consiste en un trabajo titánico, quizás con una única preocupación: “mantener el barco a flote”, al menos por el momento.

Así, en estos momentos las prioridades y las preocupaciones del Gobierno son: devolver la dignidad y la esperanza al pueblo heleno y no deteriorar más su situación económica, aguardar por la viabilidad del euro y por que otro pueblo o país se movilice en la misma dirección que Grecia, cumplir con la promesa realizada a los griegos y griegas y el deseo de estos de que el país no salga del euro, mantener tranquilidad frente a la posible suspensión de pagos y, finalmente, ejecutar medidas y acciones que poco agradan a los miembros de la Comisión Europea y que muchos consideran como provocaciones.

Dentro de la opinión que separa lo directo y lo realista (keynesianismo) del mediano y largo plazo (una política anticapitalista), se encuentran dentro del seno de Syriza dos “bloques” opuestos. Por un lado, quienes no toman en consideración confrontar con la Unión Europea por el bien de permanecer en la zona euro y, por otro, los que reclaman el retorno a la moneda nacional, también sin entrar en conflicto con la Troika. Aunque la segunda estrategia es asumida por el bloque izquierdista de Syriza, tampoco adopta en realidad una política anticapitalista.

“... Los dos primeros meses del nuevo gobierno han sido un equilibrio difícil entre un compromiso doloroso bajo una presión extrema con la Unión Europea y, por el otro, un haz de iniciativas importantes en el frente interno.”

Antes de la victoria de Syriza, la democracia en Grecia tenía matices tan “distópicos”, semejantes a los demás países europeos que medidas como la abolición de las cárceles de alta seguridad y “un sistema penitenciario más humano” o la reducción de la presencia de los antidisturbios en el centro de Atenas significaban una auténtica democratización. La imagen de la gente manifestándose sin la presencia amenazadora de las porras y los gases lacrimógenos y de un Parlamento que no se separa de la sociedad con vallas y policía es muy indicativa del cambio que está transitando la sociedad helena.

De todas formas, Syriza está desempeñando un papel “trágico” en el sentido clásico del término. Independientemente de que quiera salvar al euro o tema arrastrar al país fuera de él (postura no respaldada por la población) con consecuencias desconocidas — una situación, de todas formas, siempre presente y en ningún caso descartada —, prácticamente lo está salvando con la meta de defender la idea europea, que en los últimos años ha sido un proyecto de izquierdas. Encuentre o no el espacio político necesario para triunfar en el corto plazo, habrá logrado una victoria, por lo menos, en el largo plazo, al plantear cuestiones que no pueden ser simplemente ignoradas. Ahora la pregunta gira sobre el significado “vacío” o no de la propia palabra “democracia”.

Magda Fiteli es doctoranda en Ciencia Política (Universidad de Atenas-Universidad Autónoma de Madrid).